

Esta concepción escotista de la filosofía, por así llamarla, se refleja en todo su pensamiento, que Gilson estudia a lo largo de 600 páginas imposibles de condensar en una reseña, pero cuyos resultados hemos analizado antes. De acuerdo con esta concepción, Gilson piensa: primero, que Escoto considera necesario reducir los límites de la metafísica (cap. I, págs. 11-43); segundo, que en la antítesis Averroes-Avicena elige decisivamente a Avicena (ídem, págs. 45-80), de quien toma en primer lugar el concepto de ser común (ídem, páginas 84-115); tercero, la prueba de la existencia de Dios escotista es metafísica y posiblemente *a simultaneo*, y en ella Escoto —sobre los moldes anselmianos— ha vaciado su prueba del Ser Primero (cap. II, páginas 116-215); cuarto, Escoto, siguiendo a Avicena, se decide por una metafísica de la *abstractio ultimata* (cap. III, págs. 256-257); quinto, Escoto interpreta la metafísica de Aristóteles, Averroes y Avicena como una metafísica de lo necesario (ídem, págs. 262-266); sexto, Escoto rechaza una teología de carácter predominantemente intelectualista, por considerarla inadecuada con nuestro concepto cristiano de Dios (cap. IV, págs. 312-316); séptimo, los seres contingentes son elegidos y creados libremente por la voluntad divina (ídem, páginas 317-390); octavo, la forma no es individualizada por la materia ni el principio de individuación es material (cap. V, págs. 413-431); noveno, la materia puede existir independiente de la forma (capítulo VI, págs. 432-444); décimo, la materia tiene individualidad propia (ídem, págs. 444-451); undécimo, la causa de la individuación no es la existencia ni la cantidad, sino la heccesidad (ídem, páginas 451-466), y duodécimo, la distinción formal de Escoto arranca de Avicena (cap. VII, págs. 497-499).

He señalado estas escasas precisiones por juzgarlas de mayor interés y novedad, pero el conjunto doctrinal manejado por Gilson en este libro escapa con mucho al espacio de esta reseña. El valor del trabajo de Gilson es tan decisivo que no podrá prescindirse de él en todo futuro trabajo sobre el pensamiento del Doctor Sutil.

MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ

MENNICKEN, Peter: *Nikolaus von Kues*, 2.^a ed., Trier, Cusanus-Verlag, s. a.; 261 págs.

No quisiera dar cuenta de este libro sin evocar la visita, inolvidable, que en compañía de su autor y los profesores y alumnos de un curso de verano hicimos una tarde de agosto a la ciudad de Kues (Cusa), junto al Mosela, y especialmente al hospicio de ancianos que en aquélla fundara el gran cardenal. En la biblioteca, donde se han reunido los libros que le pertenecieron, queda reflejada, por éstos y por algún manuscrito del Cusano, la influencia de nuestro Raimundo Lulio y, con ella, una de las tradiciones en las que está inserto el autor de la *Docta ignorantia*. En el punto de convergencia

de doctrinas e ideales que eran las tierras de Renania, el Cardenal alemán entroncaba con el Doctor iluminado mallorquín en un afán de ecuménica catolicidad dentro de la nueva atmósfera creada por el Renacimiento italiano.

El libro del profesor Mennicken ha surgido de una compenetración cordial con el pensamiento del Cusano. Constituye una óptima introducción general a la vida y la obra de un autor que, por diversas razones, la principal de las cuales fuera acaso su posición liminar entre la «Edad Media» y los «tiempos modernos» (no deja de ser cómodo servirse de expresiones en trance de revisión), o la índole misma de su formulación, no ha penetrado en los círculos no especializados como otros muchos de menor envergadura. Más allá del propósito meramente histórico quisiera el profesor Mennicken facilitar una «vuelta a Nicolás de Cusa» que pudiera hacer fructificar lo que en su pensamiento permanece vivo y pujante.

Con lo dicho se comprenderá que el autor logre sumirnos en la atmósfera, tan peculiar, de la filosofía del Cusano. En felices páginas se la caracteriza en sus tensiones íntimas y su fruición de infinitud, dominada por el sentido del orden y la armonía de los opuestos. No causará extrañeza que surja en este orden de ideas el parangón con Leonardo de Vinci y Leibnitz. Moderno es el Cusano, en particular, por el grado en que la búsqueda constituye su actitud espiritual (página 94). La debatida cuestión del panteísmo no podía ser eludida: el autor, insistiendo en la significación de los conceptos de *complicatio* y *explicatio*, estima que, considerado el sistema en su conjunto, es evidentemente imposible una interpretación panteística (página 123). Se acerca el cusano ciertamente al panteísmo, pero a aquella forma de panteísmo que disuelve las cosas en Dios, no a la que disuelve Dios en las cosas, es decir, al de un Escoto Eriugena y un Eckehardt, a los que por lo demás se refiere expresamente el Cusano.

En una publicación consagrada a la filosofía del derecho, interesarán especialmente las doctrinas del Cusano sobre la organización de la Cristiandad. El autor no les dedica un capítulo especial, sino que alude a ellas en su relato, lleno de interesantes pormenores, de la vida agitada, y, en cierto sentido, poco cusánica, del Cusano (sobre todo en su gobierno de la diócesis de Brixen). El *De concordantia catholica* aparece así situado en perspectiva históricopolítica que en gran parte lo explica, como ocurre con otros defensores del conciliarismo (d'Ailly, Gerson), que parten de un «estado de necesidad» de la Iglesia, desgarrada por el cisma y una pluralidad de Papas. Pero la presión de los acontecimientos no sacó nunca al Cusano de la gran moderación que movió ya a Vansteenberghe a escribir que no vacilaba en retener con una mano lo que con la otra había concedido. La raíz de esta moderación está en lo más profundo del espíritu del Cusano, y su «concordia católica» no es sino un aspecto de la *concordantia oppositorum*, la concordia metafísica a que con admirable vigor intelectual tendió sin tregua. El cambio de actitud que más tarde le conduciría a apoyar al Papa contra el Concilio, venía, pues, preparado por su propia trayectoria espiritual, sin que

sea preciso recurrir a factores externos o «demasiado humanos». Lo cual, sin embargo, no ha de cegar al admirador más entusiasta del Cusano, como no ciega al autor, acerca de muy discutibles iniciativas de su acción episcopal.

Libro más de síntesis que de análisis meticuloso, que si utiliza anteriores trabajos (entre ellos el clásico de Vansteenberghe) ha surgido de una pausada meditación de las obras del Cusano, su rápida reimpresión atestigua la utilidad que ofrece como introducción a un pensamiento tan lleno de sugerencias como difícil de aprehender en su huidiza trama y su complejidad.

A. TRUYOL SERRA.

MARTIN, Gottfried: *Immanuel Kant*. Kölner Universitätsverlag, Colonia, 1951; 244 págs.

RITZEL, Wolfgang: *Studien zum Wandel der Kantauffassung*. Monographien zur philosophischen Forschung, IX, Westkulturverlag Anton Hain, Meisenheim, 1952; 136 págs.

El problema de Kant es el problema del hombre moderno. Y el gran problema del hombre moderno ha sido *la ciencia*. Si admitimos que Aristóteles es la culminación de la filosofía griega y Santo Tomás de Aquino la cúspide del pensamiento medieval, no se puede menos que aceptar que Manuel Kant ha sido la cima del pensamiento moderno. Ahora bien, mientras en Grecia y en la Edad Media la filosofía parece levantarse sobre el postulado realista, Manuel Kant parece representar una posición rigurosamente antagónica de la anterior. Pero esta posición, véase como se quiera ver, no es algo fortuito, ni siquiera es un hallazgo. El único camino que nos queda hoy para comprender todo el pensamiento moderno es patentizar sus raíces históricas, lo que nos conduciría nada menos que hasta el pensamiento medieval. La filosofía medieval consistió en un esfuerzo sintético realizado en función de una fe religiosa, tanto en los cristianos como en los judíos y musulmanes. Esta síntesis, que culmina con Avicena, Averroes, Maimónides, Santo Tomás y Duns Escoto, empieza a desintegrarse a partir del siglo XIV. Los elementos tan diversos encerrados en la síntesis aristotélico-neoplatónica de la Edad Media, al desintegrarse van a dar origen al pensamiento moderno. El ejemplo lo tenemos en nuestro Francisco Suárez. «Suárez, a fuerza de ver lo positivo de la materia, la hace sustrato de todas las determinaciones y le concede entidad natural y real, esencia propia y existencia y subsistencia parciales; la forma pasa a ser perfeccionadora, con lo que su papel se arruina. No hay principio alguno de individuación, sino que la individualidad reside en la esencia... Quedaba... el que alguien quisiera sacar las últimas consecuencias... La extrema unidad de las cosas concretas es el primer paso para una concepción física del ser» (Miguel Cruz: «¿Idealismo o voluntaris-